

LA NATURALEZA HUMANA: JUSTICIA VERSUS PODER. UN DEBATE, NOAM CHOMSKY / MICHEL FOUCAULT (Katz Editores, Buenos Aires, 2006)

Dos mentes poderosas. Una conversación memorable

Matías Esteban Ilivitzky

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Dentro del International Philosophers Project, un conjunto de conferencias organizadas a comienzos de la década de 1970 por el filósofo Fons Elders, tuvo lugar en la Universidad de Amsterdam un fructífero diálogo entre dos grandes intelectuales de las ciencias sociales: Noam Chomsky y Michel Foucault.

La conversación fue estructurada, al igual que en la versión finalmente editada, en dos partes. La primera corresponde a la indagación respecto a una noción esquivada: la existencia o no de la naturaleza del hombre. Chomsky en su calidad de lingüista establece que la capacidad de los niños de crear sistemas cognitivos complejos a partir de una información fragmentaria suministrada en un idioma que no comprende es un hecho universal, y que a ello se refiere al hablar de naturaleza humana. Sin embargo, aclara que no encuentra razón para adscribirle a esta última una determinación biológica o física, es decir, que es imposible hallar configuraciones naturales a nivel biológico en el ser humano, y que en realidad, de existir una naturaleza humana, no podría ser localizada en una determinada zona corporal (esta última aclaración le permitirá afirmar, en posteriores desarrollos de su argumentación, la existencia de valores comunes compartidos por toda la humanidad).

Foucault, por su parte, desestima al concepto en cuestión, ubicándolo con un rol funcional en la historia del conocimiento, y por ende negando su valor *per se*. El diálogo se traslada entonces hacia la comprensión y el saber del hombre sobre sí mismo y su entorno. Chomsky manifiesta su aprecio y admiración por los científicos de los siglos XVII y XVIII que se dirigían, en

la oscuridad, hacia el entendimiento de procesos que posteriormente fueron fácilmente explicables.

Foucault contrapone a esta creatividad las limitaciones disciplinares del campo científico. Tanto la exigencia de atribución (que implicaba situar, fechar y atribuir a alguien un descubrimiento) como la de mantenerse fiel a la verdad de los hechos limitaban la imaginación de los investigadores dentro de un marco que los forzaba a colocarse en una posición de excentricidad. El punto que el filósofo francés desea recalcar es que se puede comprender un hecho no sólo a nivel individual, debido a que los sujetos están situados en un marco de referencia y pertenencia que condiciona su accionar.

El lingüista estadounidense precisa que su noción de creatividad incluye, además del científico actuando en soledad, a la actividad cotidiana de reconocimiento y asimilación del ambiente de los niños. Por lo tanto, diferencia este tipo de creación normal y cotidiana de la de las ciencias y la de las artes, que a su parecer no es ejercida por la mayor parte de las personas.

Es en este punto de la cuestión en donde Foucault enuncia que sólo puede existir innovación dentro de un horizonte de lo posible. Hay algunas limitaciones que son inherentes al ser humano, y que se combinan con las que el contexto impone, como por ejemplo reglas epistemológicas, lingüísticas y sociales que enmarcan la actividad creadora y que a la vez le permiten desarrollarse, ya que sin su presencia sería imposible que el hombre pudiera articular el aparato conceptual necesario para tal fin.

Al respecto, Chomsky enfatiza el hecho de que, a su parecer, existen estructuras intelectuales posibles dentro de la conformación natural del hombre, y que las mismas pueden corresponderse o no con determinados fenómenos de la empiria. Si esto sucede, se obtiene una ciencia, mientras que cuando no se efectúan coincidencias la creatividad humana buscará modificar los esquemas conceptuales innatos para que puedan captar mejor los procesos a analizar. A pesar de lo cual ciertos objetos de estudio permanecerían fuera del alcance del entendimiento, fuera de lo que nos es factible entender, como por ejemplo la conformación de la supuesta naturaleza del ser humano¹.

¹ A fin de aclarar aún más la posición de Chomsky en este punto es útil remarcar que, si bien anteriormente él desestima la localización por completo de la naturaleza humana a nivel corporal, y que por ende no existe una innata condición del hombre determinada biológicamente por el nacimiento, si existen patrones comunes de aprendizaje y originalidad en todos los seres humanos motivados, entre otros factores, por la imperiosa necesidad de adaptarse y sobrevivir en el medio circundante. Debe concluirse entonces que los esquemas mentales de comprensión innatos por él propuestos se inscriben dentro de la denominada creatividad normal, que está generalizada entre los hombres y que, aunque es necesaria una base biológica compartida, nuevamente se hace referencia a la capacidad de entendimiento y posterior dominio del ambiente por parte de los sujetos.

Foucault, no obstante, remarca la relevancia de que en vez de realizar la búsqueda de las limitaciones a la creatividad en el interior del hombre se deberían observar aquellos campos (como la sociología, la política o la economía) que funcionan como formadores de esquemas de pensamiento.

La segunda parte de la interlocución, que aborda la problemática de la primacía de la justicia frente al poder y su capacidad de socavar los fundamentos de la primera, desató más discusiones y contradicciones entre los dos disertantes. Mientras que al principio sendos intelectuales desarrollaban sus propios planteos sin contrariedades aparentes entre sí (a pesar de las insistentes intervenciones del moderador por lograr algún tipo de divergencia), en esta sección se produce un distanciamiento lindante con la confrontación. Quizás la polémica se deba a que se discute acerca de, según Foucault, los temas más cruciales de nuestra existencia ya que, recuperando nociones del dialogo previo, remarca que la esencia de la humanidad es el funcionamiento político de nuestras sociedades. Cada participante, cuando no pueda rebatir lo que sostiene el otro, retornará a su posición inicial y tratará de reformularla en función de los nuevos giros de la controversia. Sin embargo, a niveles generales, es Chomsky quien intenta comprender más acabadamente la posición de Foucault, mientras que éste sólo se limita a descartar ágilmente lo que propone el primero.

En el comienzo, el lingüista estadounidense, definido por el entrevistador como socialista libertario, propone reformular el sistema de administración de los asuntos públicos hacia una mayor participación directa de los ciudadanos, permitida por el avance tecnológico que disminuirá la atención dirigida hacia tareas mecánicas. Foucault sostiene que le resulta inconcebible un modelo político ideal, y que el que se denomina democracia en realidad encubre una dominación clasista de la sociedad, distribuida no sólo en las instituciones políticas sino asimismo en las educativas, sanitarias y demás de diversa índole.

Chomsky concuerda con el diagnóstico foucaultiano y propone que para sostener a una mayor justicia en el futuro debe crearse una teoría social humanista. La misma relacionaría una naturaleza humana que potencialmente permite la libertad, la dignidad y la creatividad con una estructura social que ayuda a realizarlas y a dotarlas de sentido. Ante estas palabras, el filósofo francés menciona el riesgo de suponer una naturaleza humana ideal, y en pos de sustentar su argumentación, recae en la curiosa paradoja de citar a Mao Tzé Dong, quien diferenció (desvirtuando la teoría de Marx) una supuesta naturaleza humana burguesa de una proletaria².

² Indagar acerca de los fundamentos que avalarían la autoridad intelectual del padre del maoísmo sería una tarea diferente a los propósitos últimos de esta reseña. Resulta llamativamente deplorable contemplar desde la actualidad cómo se hace referencia en forma elogiosa a quien le está atribuida la muerte de al menos treinta millones de personas. Sin embargo, en la

Chomsky, ignorando deliberadamente este último comentario, se refiere a la desobediencia civil como alternativa legítima frente al discurso estatal, ya que a su parecer el Estado no es el único con la capacidad de establecer criterios definitivos acerca de lo justo e injusto. Más aún, por más que cuente con el poder político y coactivo, ello no lo autoriza a ser la manifestación de la justicia. Por ejemplo, los ciudadanos deben limitar al Estado cuando éste intente efectuar actos criminales. Esta es una noción que contemporáneamente se muestra en la defensa de aquellos actores que se hubiesen opuesto en alguna forma a las violaciones masivas a los Derechos Humanos efectuadas por diversos agentes estatales, como por ejemplo Raoul Wallenberg u Oskar Schindler.

Nuevamente Foucault parece caer preso en la imposibilidad de interpretar los conceptos desarrollados por Chomsky fuera del aparato marxianomaoísta, y en una línea argumentativa que también recupera aspectos del debate anterior, le pregunta al lingüista si la fundamentación de la desobediencia civil estriba en una justicia, a su parecer, abstracta, o en la necesidad de que el proletariado venza a la clase dominante en la lucha de clases.

Ante esta interpelación, Chomsky replica que existen valores humanos justos de por sí, sin referencia a conflictos societales de ningún tipo. No se opone al anhelo foucaultiano de una mayor justicia social, pero en cambio propone recuperar primariamente criterios morales válidos por propia evidencia, y luego sí reformular las características injustas de la sociedad, en base a patrones de equidad compartidos.

Foucault remarca que aunque se establezca una justicia común a la humanidad, es el aparato judicial como instrumento de poder al que debe prestársele atención, ya que mediante el mismo puede efectivizarse el criterio de justicia que el grupo dominante considere válido. De esta forma, nos encontraríamos frente a una definición totalmente coyuntural de lo justo, basada simplemente en quien tuviera mayor poder de hecho, relegando a un rol subsidiario lo que es rescatable para el derecho. Esta misma definición puede volverse en contra de los postulados axiológicos del pensador francés, ya que si se prosigue con su razonamiento, los preceptos que valora como justos pueden ser tomados como injustos por otro grupo social que se sienta

Francia de 1971 gran parte de sus intelectuales, conociendo los crímenes acaecidos bajo el stalinismo, apoyaban al régimen de Mao, deseosos por contraponer un modelo que vislumbraban como alternativo ante el predominio estadounidense en Occidente. Lo cual no justifica que Foucault caiga aquí en una sobreestimación de esta cuestionable figura, hecho que su interlocutor inicialmente pasa por alto, a pesar de una supuesta cercanía ideológica con las preferencias políticas foucaultianas, para luego directamente descartar de plano, cuando llegue el momento de las preguntas del público, la posibilidad de seguir utilizando la categoría de proletariado (y por consiguiente, de burguesía) dentro del ámbito del pensamiento filosófico y social.

afectado por los mismos, lo que generaría una cadena infinita de luchas por la toma de poder para lograr imponer así un modelo legal basado en el poder de facto.

Por consiguiente, desde esta perspectiva es imposible que haya una justicia independiente, y concordando con lo afirmado por Foucault en el apartado anterior, una naturaleza humana de la cual puedan extraerse conclusiones acerca de lo que es justo y lo que no lo es. Chomsky señala que aún una disputa sobre la localización del poder en la sociedad estaría basada en normas de justicia, ya que cada facción consideraría representar y defender valores universales que, por su carácter de tales, merecen poseer además de la validez del derecho el ejercicio del poder. El estar representando a una concepción última sobre lo justo autoriza a actuar en pos de obtener el poder³.

Foucault niega esta apreciación, con una concisa sentencia: “Se hace la guerra para ganarla, no porque sea justa.” (pag.73). Chomsky le responde con un ejemplo en el cual sostiene que si el proletariado, en una eventual toma del poder, violase ciertos derechos fundamentales de la humanidad, no estaría de acuerdo con que se constituya en el grupo con mayor coacción social. Y una vez más es Foucault el que manifiesta, controversialmente, que es probable que el proletariado en el poder ejerza sobre “...las clases derrotadas un poder violento, dictatorial, e incluso sangriento. No puedo ver qué objeción podría plantearse a esto.” (pag.74)³.

La discusión aborda una nueva arista de la problemática: el rol de la violencia. ¿Hasta qué punto debe tolerársela, admitiéndola como un canal legítimo de lucha política? Chomsky declara que, en función de las justicias relativas, si bien la violencia en general es de carácter injusto, solo en ciertas ocasiones su uso podría estar legitimado: cuando su propósito es obtener una mayor ecuanimidad. Si por el contrario, traería acarreada más injusticia, su uso sería inmoral. En conclusión, y en una sentencia con resonancias maquiavelianas, puede existir una fase violenta legitimada moralmente⁴.

³ Dentro de los numerosos autores que debatieron acerca de la polémica entre lo jurídico basado en reglas morales y lo político entendido como relaciones de fuerza, y respecto a cuál de ambos factores corresponde la preeminencia sobre el otro, es útil remarcar la oposición binaria elaborada por el jurista alemán Carl Schmitt, la legalidad y la legitimidad. Por consiguiente, mientras que Foucault defiende que cierto grupo posee, por su desventurado rol en la sociedad, una legitimidad de hecho para hacerse con el poder, lo que autoriza su accionar violento, mientras que una vez llegado al gobierno podrá emitir disposiciones legales, es Chomsky quien reivindica que los patrones éticos son quienes guían el accionar humano, y que por ende cualquier lucha política está basada en una legalidad preexistente, que será precisamente la que legitime a quienes deseen defender su supremacía.

⁴ Si bien posteriormente Foucault modera su sentencia, sosteniendo que en realidad solo en una “etapa del poder del proletariado” (pág.75) se podría ejercer semejante tipo de violencia, es imposible no denotar aquí una contradicción en sus proposiciones políticas. Gran parte del corpus foucaultiano se detiene a explorar las condiciones por las cuales determinados aparatos

Foucault responde que el concepto de justicia respaldó el ejercicio del poder político en diversas comunidades o resultó un arma contra el mismo, y que con relación a una sociedad clasista, representa las demandas de la clase oprimida. Por lo que si se aboliesen las clases sociales, estipula que dicha noción podría dejar de existir, y por ende también la violencia que acarrearía el combate interclasista. Lo justo sería entonces un problema determinado exclusivamente por un conflicto socio-económico⁵.

La pregunta por lo justo se relaciona estrechamente con quienes defienden o encarnan ese concepto, por lo tanto, se hace necesario observar los presupuestos antropológicos de ambos autores. Mientras que para Foucault el hombre en general no posee una valoración arquetípica, sino que la misma depende de su lugar en la estratificación social, para Chomsky existen “sentimientos humanos básicos de compasión, de búsqueda de justicia” (pág. 88). Serán estos impulsos los que orientarán a los individuos hacia una convivencia más armónica entre sí, y no necesariamente su única vía de realización se da por medio del combate violento con otros sectores sociales. En realidad, Chomsky visualiza a una humanidad con principios morales compartidos, en constante avance hacia formas de convivencia más pacíficas e igualitarias.⁶

institucionales de poder, defendidos por grupos dominantes, ejercen una dominación despótica sobre la mayor parte de una sociedad sometida a dichos mecanismos. Sin embargo, cuando el sector social que a su juicio representa (a pesar de que no se lo reconozca a Chomsky) criterios valorativos más válidos que otros, tome el control de semejante maquinaria de poder, legitimaría su uso en una etapa de duración incierta, ya que acto seguido de intentar moderar su afirmación, sostiene que podría tratarse de una guerra duradera contra una clase social que no desee allanarle el camino al sueño proletario. Evidentemente, Foucault posee una política de doble estándar en la cual deplorará o aclamará el uso de las instituciones represivas societales dependiendo de quien las controle.

⁵ En este caso, si bien Chomsky recalca que existen a su parecer valores fundamentales y universales de la humanidad, es interesante pensar qué sucedería en el caso de un conflicto de interpretaciones sobre los mismos, es decir, si bien existirían patrones comunes a todos los hombres, ¿qué acontecería cuando una agrupación violenta decida enfrentar a otra y cada una reclame estar defendiendo la realización por vías diferentes de los mismos derechos?

⁶ La defensa foucaultiana de esta argumentación es endeble: “... estos conceptos de naturaleza humana, de justicia, de realización de la esencia de los seres humanos, son todos conceptos formados dentro de nuestra civilización, de nuestro tipo de conocimiento y de nuestra forma de la filosofía, y que por lo tanto forman parte de nuestro sistema de clases...” (pág. 80). Las controversias acerca de las nociones referidas al comienzo de la cita no comienzan solo en la sociedad moderna, industrializada, estructurada en clases sociales, sino que por el contrario, provienen desde la Antigüedad, y atraviesan innumerables civilizaciones y estructuras poblacionales (la China de los literatos mandarines, el Egipto faraónico, la Babilonia de Hammurabi, la filosofía griega, etc.) como para emitir una conclusión tan reduccionista. Es curioso que sea precisamente un estudioso de la historia como Foucault el que manifieste no encontrar una justificación en la evidencia histórica de criterios universales sobre lo justo y lo injusto, cuando éste es uno de los problemas que han caracterizado a la historia del pensamiento universal.

Si bien ambos disertantes presentan modelos ideales a alcanzar, el proyecto foucaultiano, desde la perspectiva de Chomsky, debería reinterpretarse de acuerdo con las condiciones sociales contemporáneas. Esta proposición es la que, al finalizar el intercambio de ideas, parece haber prevalecido, en función de que todas las preguntas del público son dirigidas hacia el lingüista estadounidense. Quizás por representar una perspectiva distinta de la que prevalecía en la *intelligentsia* de Europa occidental, o por tratar de reflexionar con una posición más autónoma, Chomsky es quien genera mayor interés en la audiencia presente en los estudios de televisión en 1971. Y, seguramente, quien también captura la atención más de treinta años después de que las luces de las cámaras se hubiesen apagado.